

Alfred Delp con ropa de mecánico en busca de las víctimas de los bombardeos

En la noche del 2 al 3 de Octubre de 1.942 estalla una mina aérea arrojada por los bombarderos ingleses sobre la casa de la familia Grassl en Bogenhausen. El edificio quedó destruido hasta los cimientos, los habitantes permanecieron enterrados horas enteras bajo los escombros humeantes. El servicio de protección aérea y el cuerpo de bomberos creen que ya no se puede hacer nada, “que todos están muertos”, recuerda Ida Grassl en 1.970.

“El P. Delp llegó con sus ayudantes y se puso a cavar. Nuestra hija mayor de 19 años desgraciadamente ya estaba asfixiada, pero los demás, aunque también heridos de gravedad, fuimos salvados gracias a los esfuerzos del P. Delp en las primeras horas del 3 de octubre”. Por ello el valiente jesuita se encontró con una reprimenda del jefe del servicio de protección aérea: Él había dado órdenes a los bomberos, ¡aunque como cura no tenía nada que decir!

Las personas mayores de Bogenhausen se acuerdan no sólo de un Alfred Delp, predicador genial, sino también de un intrépido colaborador en las catástrofes, al que no se veía más que con ropa de mecánico. Después de los frecuentes y graves ataques aéreos sobre Munich, corría por las calles alcanzadas por las bombas sin aguardar el final de las alarmas de las sirenas (lo cual estaba terminantemente prohibido), reunía un par de hombres fuertes y buscaba a los sepultados bajo los escombros. Bien dotado técnica y manualmente, era capaz de asegurar las ventanas y las puertas rotas y de reparar los conductos destruidos. Organizaba alojamientos de emergencia para los que se habían quedado sin techo.

Ya entonces nadie creía en la “victoria final” profetizada por el régimen. La dirección del partido todavía pudo echar tierra encima pudorosamente sobre el primer ataque aéreo a Munich-Sendling a finales de Agosto de 1.942 (144 víctimas). Pero se produjeron bombardeos más de setenta veces, con grandes escuadrones de hasta dos mil aviones. La ciudad se convirtió en un mar de llamas en el ataque más duro a finales de abril de 1.944 con 25.000 bombas de fósforo y más de medio millón de bombas incendiarias. Muchos negocios y hoteles estuvieron cerrados largo tiempo, se necesitó personal femenino en la industria de armamento.

Delp apretaba los dientes e intentaba proporcionar cuidados en su entorno personal. Cuando, en octubre de 1.941, se quedó viuda su hermana Greta – su marido, con el que llevaba cuatro años casada, cayó en Crimea – le escribió a ella en cierto modo desamparada: “ tenéis que llegar a ser personas de corazón fuerte (...) No desangrarnos por las heridas que percibimos, sino siempre estar más vigilantes y más resueltos.” Pero a los amigos les confiaba amargamente que se había

encontrado de nuevo con su hermana como joven viuda y que “tuvo que apretarse el corazón” - “Es duro estar viuda a los 27 años, en una mano el niño y la otra queda vacía.”

De las casas bombardeadas y de la vida destruida de las personas hablaba Delp en los púlpitos de Munich de St. Georg, Heilig-Blut y St. Michael, donde en aquellos años pronunció cientos de homilias. Fieles oyentes recogieron en estenografía muchas de ellas y las transmitieron en copias, por eso han llegado tantas hasta nosotros. Delp sabía que había sonado la hora: “Se juega a los dados con la sangre del corazón de los pueblos el rostro futuro de la tierra”. Cuando la muerte impera ante la puerta de la Iglesia, los predicadores se refugian con gusto en piadosos tópicos y hablan del cielo, donde todo irá bien – sobre todo si los agentes de la policía secreta están sentados debajo del púlpito y aguardan la crítica prohibida.

El P. Delp estaba en este mundo. No hizo caso omiso de la sangrienta realidad, pero renunció a asignar culpabilidades sólo “¡para no hacer de nuestro Dios un Dios de venganza!” – y más bien animaba a aprender de estos terribles sucesos. Cuando andaba por las calles de la destruida ciudad de Mainz y sólo veía “escombros y escombros” ya no encontraba “personas de sentencias fáciles y con asombro”, sino personas que habían aprendido: Mientras no sea reconocido y amado Dios como el absoluto Señor, “se matarán las personas y tendrán que destruirse; porque todos consideran otra cosa el más alto mandamiento y el más alto valor y el más alto amor. Mientras tanto el mundo no estará en orden y no llegará al orden hasta que se restablezca esta jerarquía de valores (...) y de nuevo sintamos y gustemos, antes de que se nos diga, donde las cosas están cambiadas y removidas.”

Continuamente se esfuerza en estas homilias por poner en contacto las dos realidades: la responsabilidad por el mundo y el enraizamiento en lo eterno.

*Alfred Delp, *Leben gegen den Strom**

*(Alfred Delp, *vida contra corriente*)*

Christian Feldmann

págs. 42-44